Marea de versos azules

Miguel Checa Mancebo

Marea de versos azules

Miguel Checa Mancebo

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2026
© Miguel Checa Mancebo, 2026
Portada: J. Santiago F. Aragüez
Prólogo: Cristóbal Borrero Delis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-82-1
THEMA: DCC - DCF
DEPOSITO LEGAL: M-4705-2026

A mi mujer, R*afi,*
confesora de mis pesares y malecón de mi mirada
donde se calman las aguas de mi vida.

A mis hijos Miguel y Alberto,
«hilos de mis sueños»
y la razón más pura de mi esperanza.

«Es como la marea, ¿sabe usted? —decía, ido—.
La barbarie, digo. Se va y uno se cree a salvo,
pero siempre vuelve, siempre vuelve… y nos ahoga.”

Carlos Ruiz Zafón,
«*La sombra del viento*».

LAS ENTRETELAS LÍRICAS DE MIGUEL CHECA MANCEBO

Cristóbal Borrero Delis

(…) el reino de la luz interior es una enorme sombra para la luz de la conciencia. No salgáis de vosotros mismos, en el interior del hombre habita la verdad.
C. G. Jung

La hora del crepúsculo, la noche oscura (y más concretamente el conticinio), en la mayoría de nosotros despierta impulsos de sosiego y hospitalidad con el ser: lo aplaca, pero no lo acalla, porque también lo perturba, movilizados en nuestra naturaleza humana miedos ancestrales anclados en el instinto desde hace cientos de miles de años; miedos que se modelan con encantamientos, supersticiones y simbolismos aterradores de los que emerge sin camuflar el sosegado deseo de protegerse en el clan, en la familia. En los últimos dos siglos, y gracias a la tecnología, la actividad nocturna ha perdido esos condimentos primarios a la vez que ha desarrollado la posibilidad de una vida noctívaga, de

verbeneo contumaz, pero también, cómo no, de acercamiento a la interiorización serena, reflexiva, de gran atractivo para la indagación poética.

Nada de eso, sin embargo, es comparable con el estallido de esperanza que provoca la amanecida, el rutilante despertar de la comprensión de que seguimos aquí, por un día más, con la posibilidad en las alforjas de entregarnos a la complacencia arrebolada (si no de ver romper el día porque no se sea madrugador) de sentir el sol entrar en nuestra casa, asomados al balcón o al salir a pasear nuestra ociosidad; y es precisamente esa síntesis de la luz con el conflicto interior que somos lo que se enhebra en Miguel para dejarse llevar por la llamada de la escritura. Cuando se es joven no hay tiempo para detenerse a sentir ese pequeño pellizco de contentamiento, casi imperceptible, en el plexo solar; pero cuando se llega a la edad provecta, ya adquirido el derecho de aceptar que a uno lo forma esa concatenación de aciertos y errores que significa vivir, y que esto exige la responsabilidad de preservar el tiempo que nadie por hoy te ha de robar, mutado ya el lapso en holganza y gozo sensorio, adquiere en uno carta de naturaleza la apetencia de responder a la *vocatio* de materializar esa mixtura de sensibilidad, impresiones y espíritu en el arte sistematizado de la escribanía, dejando que aquellas pulgaradas de exultación a la que en el pasado no atendíamos hoy adquieran magnitudes nunca antes sospechadas, desafiados a interrogarnos

sobre el pasado, de cuán liviano es; sobre el presente, de cuán insondable se nos descubre; sobre el futuro, de cuán amplia es su impremeditación y cómo se aposta al alcance de nuestra gnosis para que sea responsabilidad de uno mismo la vocación de conservarlo y, lo que es tanto o más importante, de interpretarlo aún sin habernos dado señas de identidad respecto de cuál es el curso por seguir.

Checa está ya plenamente inmerso en ese estadio de confirmación sensorial a que nos referimos y nos entrega generosamente, para hacernos copartícipes de la peripecia bienaventurada que supone relatar las propias corazonadas y fascinaciones (creo que con el decidido impudor que requiere un acto tan íntimo y privativo), en una marea de versos azules en que el alma, sustancia inmaterial que nos identifica como sapientes y unidad energética de nuestra maquinaria sensoria (a veces tan manoseada por espurios profetas) es mutada en cuerpo tocable como un mantra sanador para alivio de las compulsiones propias de una persona sensible.

He oído decir al poeta cordobés Pablo García Baena que uno nace allá donde se abren los ojos del corazón. Desconozco cuántas veces habrá gozado de esa epifanía este noble Mancebo, pero el poemario que próvido nos presenta infiere o deja intuir que no reprime el alboroto de un hombre encerrado en sí, sino que asimismo grita a pleno pulmón para que mane algo de literatura de sus versos libres, como corderos

campando al amparo de una escritura que sugiere automatismo, pero con tacto, entretejidos los renglones con la circunspección de sus solitarios paseos bucólicos, de pastor alelado, a quien se le inquieta la conciencia de ser solo y uno en el sí íntimo, a cada paso probando –como diría Emily Dickinson– «un licor que no ha sido destilado», ignorada la muerte, pero escritas unas sílabas que quieren ser graves en las olas de este mar donde su alma naufraga, como él mismo, y en que la vida y la muerte danzan en la mañana eterna.

Para Miguel, tanto el campo como la arena forjan estrellas. Lo dice oyendo un canto lejano que lo pasea consuetudinario, a fuerza de ver temblar las rocas cuarteadas por la salina en esas llanuras de soledad donde el silencio puede ser mortal, donde aparecen como una sucesión de espejos mil y una presencia del alma, sempiterna, tanto en cuartetos octosílabos como en verso libre, como en un ejercicio centrípeto para la purificación chamánica; todo ello transitado «por las orillas blancas» de la refulgencia de un orto recién desperezado.

Es cierto que sus poemas irradian cierto acomodo –digo cierto, no total– a lugares comunes harto maltratados en la poética de estas últimas décadas, enferma de estrés por encontrar un efectismo fácil, cautivo de la inmediatez, que ocasiona quizá –y es una suposición que estoy dispuesto a dirimir como errónea– el contagio de premura que provocan los soportes electrónicos

tanto en escribanos como en leyentes, muy del gusto estético, efectista y de bajo coste que explotan los *poetuiteros* con ínfulas de gran escritor, predadores ansiosos de cautivar oídos poco exigentes o enajenados por una palabrería fácil y recurrente, creyéndose capaces de asombrar y de ser merecedores de un éxito inmediato que, como cualquier forma de notoriedad y de asombro mesiánico, es fútil además de una entelequia, sutileza imposible de percibir por la cada vez más numerosa lista de adocenados pantalleros con déficit de atención.

No creo, sin embargo, que Mancebo busque ese efecto fácil, lisonjero, porque con todo –y pese a mi anterior comentario–, en sus versos resuena la honestidad de querer ser un escritor serio y riguroso que busca ser trascendental, no como un cultivador de la diletancia, sino como un observador que vacía en el soporte de papel las alforjas de su azoramiento, sus querencias y vacilaciones, cuestión que no es baladí dado que el reconcomio al que estamos expuestos hasta el fin de nuestros días es un peso insufrible que solo en la empatía, en el desahogo de expresarlo y en el cultivo de la compasión de unos hacia otros, sintiéndonos participados con nuestros congéneres, se encuentran las triacas más eficientes contra el sentimiento de orfandad existencial a que estamos condenados (salvo si es creyente de una fe redentora), amén de ser vigorosa excusa, como es sabido, para la autoficción, la poética o la